

MUNDIALIZACIÓN IMPERIALISTA: Estados nacionales y soberanía

Isabel Monal¹

RESUMEN

La globalización como un proceso histórico real. La presente etapa de la globalización está intimamente relacionada con la nueva fase del imperialismo. Por lo tanto, para comprender la globalización tiene que ser vista dentro del marco del imperialismo contemporáneo. Contrariamente a ciertas creencias, la política no queda rezagada en relación con la economía, ni tampoco el Estado nacional se ha hecho marginal con el presente proceso de la globalización capitalista. Algunas de sus prerrogativas tradicionales han quedado disminuidas, pero nuevas funciones surgen y otras son incrementadas; una de estas últimas es que la globalización necesita la acción del Estado para su realización.

Palabras-clave: Mundialización imperialista, Estados Nacionales, Soberanía e intervencionismo Emancipación.

1 INTRODUCCIÓN

Con el Termidor soviético y la caída del antiguo campo socialista esteuropeo, el planeta se vio envuelto en una ola de conservadurismo, resignación y desesperanza. Las formas neoliberales del capitalismo, que ya habían hecho sus primeras experiencias con Reagan y Thatcher, se presentaron, y fueron en gran medida aceptadas, como la única salida para el desarrollo y mejoramiento de la vida de los hombres. Así, en la década del noventa surgió y se implantó la mitología de la globalización y el neoliberalismo, ampliamente sustentado por el *establishment* estadounidense y sus aliados. También surgió y se propagó la mitología de que en las nuevas condiciones ya no cabía hablar de imperialismo, suponiendo, decían, que efectivamente una tal caracterización hubiera sido correcta. Amplios sectores de la izquierda de todos los rincones del mundo cayeron en esta trampa, y se llegó a acusar de retardatario o dogmático cualquier alusión a la existencia del imperialismo en este presente histórico. Un tercer mito acompañaba estos análisis, según el cual ya los Estados nacionales entraban en crisis y poco les

¹ Doctora en filosofía; académica titular de la Academia de Ciencias de Cuba, vicepresidente de la Sociedad Cubana de Investigaciones Filosóficas; directora de la Revista Marx Ahora. E-mail: imonal@cubarte.cult.cu.

quedaba todavía por hacer. La resistencia y la lucha, rezaba como corolario el cuarto mito, ya no tenían cabida; la idea de la emancipación quedaba caduca e innecesaria porque la mundialización (esto es, la globalización económica) abría una nueva era de prosperidad para todos los pueblos, además de constituir la única alternativa posible a la cual habría que resignarse.

En aquellos años la clase dominante estadounidense rebozaba de optimismo, ya que tanto el modelo económico del capitalismo neoliberal como la democracia liberal clásica parecían imponerse como inevitables al planeta. El único porvenir posible emanaba del modelo de sociedad de los Estados Unidos (aunque allí, en realidad, no se practicaban con rigor los principios del neoliberalismo que se imponía en otras latitudes), el cual parecía señalar el camino que todos estarían obligados a seguir. Es importante tener presente que la mundialización ligada a este proyecto abarcaba en primer lugar, claro está, la globalización económica (o internacionalización del capital, para decirlo con palabras de Carlos Marx), pero, en rigor, la mundialización es múltiple y abarca la política, la cultura y la manera de vida de los pueblos y naciones. Se trata de un conjunto amplio, con interacciones y redes complejas y diversificadas. La idea de justicia social y equidad entre las naciones no tiene, obviamente, cabida en este modelo conceptual; y en el plano de la cultura, se ha iniciado un proceso que amenaza con homogenizar la riqueza cultural creada durante milenios por los hombres y hacerla uniforme y sometida a las férreas regias de la comercialización.

Cuando, no obstante, hacia el final de la década del noventa comenzaron a aparecer signos de decadencia en el ilusionismo de la globalización neoliberal, los gobernantes del *establishment* estadounidense se intranquilizaron. Ello explica cómo el entonces secretario del tesoro de Clinton, Robert Rubin mostraba su inquietud y hacía saber que el propio presidente compartía sus preocupaciones. En ese momento del devenir del imperialismo, resultaba esencial el mantenimiento en la vida real, y en las mentes, de la mundialización económica. El propio Rubin no ocultaba los verdaderos intereses detrás de la globalización; por eso no veía como positivo “[...] el debilitamiento del apoyo público a favor de la globalización en un momento donde *los intereses económicos, de seguridad nacional y geopolíticos del país requieren lo opuesto.*” (Subrayado por mí). La pasividad y, hasta en algunos casos, el entusiasmo de las víctimas de la globalización neoliberal sobre las virtudes de la mundialización eran factores necesarios a los designios hegemónicos del poder norteamericano.

Hoy el ilusionismo de las víctimas y el optimismo de los victimarios se han ido atemperando. Y el lenguaje y mensajes ideológicos se han ido también modificando a la luz de los acontecimientos de los últimos años. Los desafíos y dificultades que se han ido levantando, y la llegada a la Casa Blanca

del grupo de agresivos y arrogantes halcones, han puesto en evidencia deslumbrante la agresividad y voracidad de una nueva fase imperialista. Ya los estudiosos y académicos que nunca dejaron de reclamar que el imperialismo continuaba siendo una realidad no quedaran descalificados ni acusados de teóricos retrógrados. Políticos, intelectuales y periodistas del *stablishment* imperial declaran desembozadamente que los Estados Unidos son un Estado imperial² o imperialista. No es cuestión, en la mayoría de los casos, de lanzar una crítica, sino, por el contrario, de reclamar el derecho de la potencia norteamericana de ejercer este control y poder hegemónico imperial en todos los planos. Para ellos se trata de una situación correcta y hasta deseable, inclusive de un derecho que los Estados Unidos están llamados a cumplir, con lo que estos ideólogos consideran, las responsabilidades internacionales del país. Los teóricos y propagandistas, incluyendo los *think tanks*, del *stablishment* argumentan de muy variadas formas este designio pro-imperialista. Cabe recordar, en este sentido, un texto de principios de la década del noventa, cuando la moda intelectual e ideológica era todavía la de negar al imperialismo, del *think tank*, Haass, y su artículo de referencia "Imperial America", donde ya se anticipan concepciones y argumentos que diez años después se harían evidentes y se ampliarían.

La mundialización es un proceso histórico real, sobre la cual los actuales dueños del mundo, y principales beneficiarios del proceso, han tejido toda esa mitología que busca imponer un tipo específico de mundialización económica a favor de las transnacionales y los oligopolios. En realidad la mundialización económica, o la internacionalización del capital, no es en rigor un fenómeno nuevo y constituye por el contrario una característica intrínseca al sistema capitalista mismo, esto es, está en su propia lógica de necesidad de expansión. Al menos en el siglo que acaba de terminar es posible identificar otros dos momentos de globalización o internacionalización del capital. Uno, de finales del siglo XIX hasta la Primera Guerra mundial, y, otro, el período de los llamados treinta gloriosos después de la Segunda Guerra mundial. La actual etapa se caracteriza, entre otros elementos importantes, por la desregulación de los mercados financieros, por ser una fase de financierización extrema y parasitaria del capital y porque se trata de una globalización neoliberal. En general, puede decirse que nunca antes la globalización había alcanzado tal climax de universalización. Las ideologías mitificadoras aspiran hacer olvidar que en realidad esta etapa de globalización va acompañada, — en realidad son una y la misma cosa —, de una nueva fase imperialista. Para comprender entonces el fenómeno de la mundialización (que está constituida, como se apuntó arriba, por mundializaciones múltiples, y no solo de la vida económica)

² A lo largo del presente artículo, "imperial", no es utilizado en el sentido que recientemente le han otorgado Negri y Hardt.

hay que verla en el contexto de la caracterización del imperialismo contemporáneo.

2 ESTADOS NACIONALES Y MUNDIALIZACIÓN IMPERIALISTA

Sin duda la presente etapa de mundialización ha tenido un fuerte y natural impacto en la cuestión de los Estados nacionales y la crisis en la que parecen estar sumidos, en particular a partir de la última década del siglo pasado. El Estado nacional, cabe recordar, es una institución histórica producto de la propia evolución socioeconómica y de los modos de producción. Nada, pues, de excepcional que sufra a lo largo de su existencia profundas modificaciones, y que, finalmente, pueda entreverse su posible fin histórico. No se trata, por tanto, de negar estas transformaciones, ni la modificación de la naturaleza de varias de sus funciones, como tampoco la tendencia — determinada por los procesos mundializadores — de disminución del peso de algunas de esas funciones. No obstante, un análisis serio parece más bien indicar la tendencia ideológica a acelerar ese proceso más allá de las exigencias históricas reales con vistas a que las clases dominantes imperialistas puedan llevar adelante con más facilidad sus designios hegemónicos y explotadores.

La cuestión de la evolución de las prerrogativas tradicionales de los Estados nacionales en el marco de las nuevas circunstancias creadas por las mundializaciones múltiples conduce a la compleja y mitificada problemática de la relación entre la economía y la política en las condiciones del nuevo imperialismo o del imperialismo específico de esos finales del siglo pasado y comienzos de este.

Contrariamente a lo que se quiere hacer creer, — y que lamentablemente ha llegado a penetrar a las propias izquierdas — la política no queda desamparada frente a la economía, y el Estado nacional no queda marginado con el proceso actual de mundialización capitalista. Sin duda, algunas de sus importantes prerrogativas van quedando disminuidas pero otras nuevas funciones y tareas a desempeñar surgen, y algunas de las antiguas pueden incrementarse o ampliar el ámbito de sus objetivos. Una de esas funciones, bien importante por cierto, es que la mundialización necesita para realizarse de la acción mediadora del Estado, en particular en los países del Tercer Mundo; y otra consiste en estimular o facilitar ese proceso o, por el contrario, encontrar y poner en práctica formas de oposición a la mundialización neoliberal y optar por otras alternativas. El mito del Estado básicamente desvalido ante las nuevas circunstancias es sin duda un significativo factor ideológico de penetración e imposición de la transnacionalización. La mundialización se realiza, por el contrario, con el concurso de los Estados nacionales y en ocasiones inclusive con su colaboración activa. Y para contribuir a ese objetivo los Estados de la periferia

cumpien con la función de fomentar el consensus aprobador, o, en caso necesario, incrementar sus funciones represivas.

En el proceso de mundialización es muy importante el sistema de relaciones entre los múltiples y diversos Estados nacionales. No cabe, en rigor, habiar de los poderes y funciones de los Estados y de los Estados nacionales siempre como un fenómeno general y uniforme ya que lo que predomina es precisamente la relación asimétrica entre los Estados. Será, pues, determinante en el esclarecimiento del papel de los Estados nacionales en las nuevas condiciones identificar el lugar que ocupa un Estado en cuestión en ese sistema de poderes asimétricos puesto que ello determinará a su vez funciones y capacidades de poder específicos, en dependencia del poder real de cada Estado en relación con los demás. Las grandes naciones imperialistas están llamadas, y es así como actúan, a demandar de sus respectivos Estados el apoyo en todos los escenarios exteriores propios a sus desenvolvimientos, y en la promoción — e inclusive imposición — de sus transnacionales así como de medidas que faciliten el proceso de mundialización. Los Estados nacionales del Tercer Mundo no están en capacidad de ejercer esos mismos poderes que no poseen, pero se necesita de ellos, en cambio, como entes mediadores.

No es la primera vez en la historia, como bien hacía notar Marx en *El Capital*, que la burguesía utiliza los poderes del Estado, como tal, a pesar de su doctrina del *laissez faire*; la burguesía naciente, observaba, no hubiera podido pasarse de la intervención constante del Estado y no vaciló por ello en servirse de él, en aquellas circunstancias históricas, para arreglar cuestiones tales como las horas de trabajo y el salario. Nada tiene de excepcional, pues, que en esta etapa de aceleración de la mundialización capitalista, en una economía global, la burguesía necesite del Estado para afirmar la competitividad y la flexibilidad, y que también lo utilice para arreglar y decidir sobre préstamos, acuerdos globales, etc., necesarios a la buena marcha y profundización de la mundialización.

No hay que olvidar, por otra parte, que el proceso neoliberal actual demanda, en general, la no intervención del Estado. Antes de este predominio neoliberal, otras concepciones como el keynesianismo habían promovido un cierto papel regulador del Estado. Efectivamente, ante el temor de las crisis (sobre todo después de la gran crisis del 29) y presionado por el movimiento popular y las luchas sociales, el Estado burgués debió intervenir en la regulación económica y en el otorgamiento de beneficios sociales a la población en particular en los países desarrollados con fuertes movimientos clasistas populares.

Por eso, hay que tener en cuenta que la mundialización neoliberal demanda, de una parte, la menor cantidad posible de Estado (para dejarle al mercado la mayor cantidad posible de libertad) pero la mundialización, como se

ha visto, tiene también necesidad de la promoción por parte de los Estados nacionales. Los análisis que no tienen en cuenta las asimetrías antes señaladas entre los Estados y, en consecuencia, el papel fundamental de los Estados imperialistas para promover e imponer la mundialización, se equivocan en su comprensión del papel del Estado, puesto que este papel no es el mismo para los unos que para los otros: se busca el mayor acatamiento posible por parte de los Estados de los países de la periferia y, de manera opuesta, la dominación de los del centro. La cuestión del papel del Estado en la mundialización neoliberal no puede comprenderse en profundidad a un nivel abstracto y general, sino en las relaciones de dominación y de los intereses contradictorios.

Es cierto que el credo neoliberal ha promovido o impuesto la idea y la práctica de una disminución del poder del Estado como tal: “l'état minimal” o “the minimum of State.” Es cierto, igualmente, que las organizaciones internacionales tales como el FMI o el Banco Mundial imponen políticas a los Estados nacionales en particular a los del Tercer Mundo. Es cierto que la tendencia al debilitamiento del Estado y del Estado-nación en general resulta bien evidente. Pero otras realidades bien distintas — y no menos ciertas — se esconden detrás de estos fenómenos.

Cabe recordar, en primer lugar, que muchos países han participado en el proceso de disminución de los poderes y de las funciones internas de sus Estados; su entusiasmo por la mundialización y el libre mercado ha sido un elemento presente en esta dinámica. Es el caso obvio de Latinoamérica.

Pero las relaciones de los diferentes Estados nacionales frente a los poderes de las transnacionales no es el mismo en todas partes. Al mismo tiempo las transnacionales tienen necesidad a menudo del poder internacional de sus Estados nacionales para obtener ciertas ventajas en la competencia, en la conquista de mercados y en el desplazamiento de otros competidores. Fue el caso, por ejemplo, de los Estados Unidos respecto a la defensa de los intereses de las transnacionales norteamericanas del plátano en Centroamérica en detrimento de los países de África y del Caribe.

La mundialización capitalista necesita también, y así lo ha creado, un conjunto de instituciones y organizaciones internacionales para la realización del proceso; algunas de estas organizaciones, a partir de las situaciones de crisis y empobrecimiento de las naciones de la periferia, están en condiciones de imponer recetas neoliberales que contribuyen a la realización del proyecto de mundialización del imperialismo. De hecho constituyen entidades de poder o de gobernación supranacionales que son manejadas en realidad por los Estados imperialistas (sobre todo Estados Unidos) y donde tienen un peso determinante. Significativo, en ese sentido, es el predominio de esos grandes poderes imperialistas, como los propios Estados

Unidos, en el FMI, por ejemplo. En las nuevas condiciones del mundo de hoy, el Estado imperialista preferirá utilizar, de ser posible los organismos supranacionales para llevar adelante su propia política e imponer sus intereses. Su interferencia sobre los países de la periferia se hace en esos casos, por supuesto, menos evidente - inclusive para las poblaciones que resulten ser las víctimas - y facilita con frecuencia el consenso de una buena parte de la llamada comunidad internacional. En estos casos el contubernio y unidad de acción entre un Estado nacional (Estados Unidos) y una organización (regional o internacional) es evidente y esencial, ambos actúan fundamentalmente en la misma dirección.

Resulta pues palpable que la cuestión de la relación del Estado con el proceso de la mundialización tiene que ser tratado - no está de más reiterar - de manera concreta en la lógica de las relaciones al interior del sistema imperialista y dentro de la perspectiva de las asimetrías propias del orden imperialista, y no de la manera abstracta que se encuentra con frecuencia en la literatura al uso, inclusive de izquierda. Solo con una política antimperialista consecuente se pueden enfrentar las imposiciones.

Varias son, pues, las posibilidades de resistencia y de lucha para actuar a partir de los Estados. Pero es sobre todo ejerciendo presión a través de las luchas populares que la gran parte de los Estados se verían estimulados o presionados para actuar. En otros casos, cuando por ejemplo algunos Estados nacionales poseen una fuerte o definida vocación de soberanía o prefieren otras alternativas de desarrollo, podrían actuar en conjunto con otros Estados y con el apoyo de sus poblaciones para resistir u oponerse a la imposición de las políticas de los grandes poderes dominantes y de las transnacionales. Hay que subrayar que la pretendida impotencia absoluta de los Estados nacionales de la periferia son hoy un mito, un arma de la mundialización imperialista, puesto que oculta precisamente la hegemonía imperial de los Estados Unidos y desactiva la lucha y la oposición, y desemboca en la aceptación pasiva y resignada. Se trata de un arma que hay que hacer fracasar: la lucha contra la mundialización capitalista y a favor de otras alternativas pasa también por este esfuerzo. Y la lucha por el ideal de justicia social (esa víctima de la mundialización) implica también la lucha contra el sistema económico social neoliberal que hoy se mundializa con el apoyo e imposición de los Estados que le sirven de instrumento.

3 IMPERIALISMO ACTUAL

El mundo actual se encuentra en presencia de una nueva fase del imperialismo sumamente agresiva y de fuerte tendencia expansionista. Sin duda Bush y sus halcones ponen su sello particular al accionar imperialista actual, pero el actual momento imperialista no es el simple resultado de la acción de un grupo extremadamente conservador que se hubiese amparado

del poder del país sino que obedece a la dinámica misma del desarrollo del capitalismo que implica su despliegue imperialista como una necesidad inherente al sistema mismo conducido por su clase dominante bipartidista. Ello no excluye, sin embargo, que este equipo imponga su estilo e impronta arrogante, fundamentalista y extremadamente agresiva.

Como en el pasado, este momento de amplias ambiciones del poder dominante del capital mundial encuentra su fundamento en la economía; la vocación imperialista nace de la naturaleza misma del capitalismo y su necesidad constante de expansión. Su tendencia es a apropiarse del plus producto del trabajo realizado en territorios fuera de las fronteras de los propios Estados imperialistas; una tendencia ésta del capitalismo que el propio Marx había identificado desde los *Grundrisse*. Necesitan, y buscan, el control y apropiación crecientes de recursos naturales y materias primas, y de la conquista de nuevos mercados, etc. El capitalismo es empujado a la expansión y el desarrollo de tipo imperialista. En el marco de la tradición y la comprensión marxista hay que entender al imperialismo como un sistema complejo y coherente, en que la economía, la política, el militarismo y la propaganda forman una unidad sistémica. Este último elemento ha cobrado una importancia vital en la nueva fase, ya que el imperialismo clásico de finales del XIX y principios del XX no contaba con una maquinaria de control ideológico tan poderosa de apoyo como los grandes monopolios de la propaganda actual.

Con los nuevos desarrollos socioeconómicos de las interacciones mundiales, el imperialismo se viene desenvolviendo en una nueva fase, en la cual, sin modificar la esencia de su naturaleza, ha sufrido transformaciones cualitativas significativas. En las nuevas circunstancias el imperialismo hoy, a diferencia del llamado imperialismo clásico, no se caracteriza por la necesidad de la posesión de colonias; en esta nueva fase no le es menester y no procura el control colonial directo de los territorios, sino, en particular, el control de los mercados, y el control de la economía mundial y los mercados globales. Para ello, necesita la dominación tanto política como militar, y el ejercicio de un poder casi unipolar como le sea posible. Cabe notar, no obstante, que el alejamiento de la dominación de tipo colonial no excluye, como han observado algunos especialistas, que algunos rasgos de tipo colonialista en ocasiones emerjan.³

En otro orden de cosas, tampoco se encuentra, como característica, el predominio del capital monopolístico financiero que Lenin, apoyándose en Hilferding, tan correctamente caracterizó. Por otra parte, y debido al desarrollo desigual del capitalismo, el imperialismo se sigue caracterizando por la

³ Por ejemplo, en la guerra contra Yugoslavia. Esta guerra se inserta en un conflicto étnico-tribal en curso, utilizando una de las partes contra la otra; a decisión desde el exterior de cuál gobierno debe ser el del país vencido, el reparto del botín, etc.

existencia de un centro y una periferia, y de un grupo reducido de países que constituyen ese centro dominante.

Desde el fin de la Segunda Guerra mundial el centro imperialista ha estado conformado por la Tríada, esto es, la Unión Europea, Japón y Estados Unidos; este último ya identificable como un centro del centro. A diferencia del período anterior, con las grandes contradicciones interimperialistas que produjeron dos terribles guerras mundiales, esos Estados han funcionado como aliados, y continúan siéndolo. Pero, desde el Termidor soviético y la caída de ese Estado, se liquidó la bipolaridad que había caracterizado al mundo en esas décadas, y quedó Estados Unidos como único superpoder mundial, lo que iba a favorecer grandemente el proceso que lo convertida en un centro del centro de un poder nunca antes visto en la historia del planeta.

Las nuevas circunstancias indican claramente que en esta fase del imperialismo se ha desarrollado un centro del centro extremadamente predominante sobre todo en el plano político (de relaciones entre Estados) y militar. En el periodo imperialista de finales del XIX y principios del XX no existía tampoco igualdad de potencia y poderio entre los diversos países imperialistas. Inglaterra ocupó durante mucho tiempo una posición preeminente dentro del centro imperialista de aquel período; pero no constituía, en rigor, un centro del centro, puesto que los demás poderes imperialistas de entonces no estaban en situación de dependencia respecto a ella. Hoy, en cambio, la enorme distancia que separa en poderio e influencia a Estados Unidos de aquella Inglaterra ha convertido a los demás Estados imperialistas de la Tríada en una especie de **imperialismo subordinado**. Por eso, parece oportuno caracterizar a este imperialismo de subordinado, esto es, la aceptación por parte de los demás Estados de la Triada, que conforman el centro, de su dependencia de los Estados Unidos, es decir, el centro preponderante del centro. Y en los momentos actuales, de arrogancia de los halcones fundamentalistas, ese centro del centro exige continuamente su sometimiento y tiende a hacerlos **vasallos políticos y militares**.

Las contradicciones entre los diferentes Estados capitalistas desarrollados que constituyen el centro imperialista han sido de particular importancia en etapas anteriores, en especial en la llamada clásica, por su puja y lucha por lograr la mejor parte en el reparto del mundo de la periferia. En la etapa actual esta característica no deja de estar presente, pero cambios y modificaciones de peso han tenido lugar con una significativa impronta. Por una parte se muestra como imperialismo de la Triada, es decir, con intereses comunes, donde Estados Unidos ostenta la primada absoluta. Pero, a su vez, se manifiestan contradicciones, en particular cuando el centro del centro exige una subordinación y avasallamientos extremos de sus socios. Asimismo la situación mundial de la Triada se modificó después del Termidor soviético y del

despiome del campo socialista esteuropeo; en esas condiciones el camino quedó ampliamente despejado para el surgimiento y paulatino emplazamiento de un nuevo orden mundial con el incremento del peso de la Triada como centro imperialista y en el que Estados Unidos quedá como gran y única superpotencia que se convirtió en poder hegemónico dominante unipolar. La primera guerra del Golfo del 91, la intervención militar en Somalia, la agresión a Yugoslavia y la ocupación por la OTAN (con vestidura de ONU) de la provincia de Kosovo después, constituyen hitos de referencia de ese proceso; el terrorismo de Al Queda sirvió, por suparte, de pretexto para la guerra y posterior ocupación de Afganistán. Finalmente, se vivió ahora el último episodio, la guerra y ocupación de Irak. Todos ellos momentos fundamentales del actual proyecto de dominación imperialista del planeta por parte de Estados Unidos y, salvo matices de excepción, con el apoyo de los demás miembros de la Triada.

Al igual que en los tiempos del viejo imperialismo el componente militar ha sido una constante necesaria de esa expansión, pero en los momentos actuales la enorme preeminencia del factor militar es destacable y se ha convertido, de hecho, en una de las bases de la construcción y consolidación del nuevo orden mundial que se trata de imponer. Ese empuje militar tiene como uno de sus componentes la constitución de una importante red de bases militares alrededor de todo el planeta con el objetivo de imponer y defender el control imperial y la hegemonía estadounidense; esta red, constituye, a no dudarlo, una pieza calve e imprescindible para el sistema de dominación mundial de la llamada “nación indispensable”; claro, así denominada por algunos de los ideólogos del nuevo imperialismo. También el imperativo de lo miiitar ha desempeñado una función esencial en relación con otros designios que igualmente forman parte integrante del actual sistema de dominación planetaria múltiple.

Sin duda es característico del sistema imperialista a nivel mundial la existencia de rivalidades y contradicciones entre los varios poderes imperialistas que conforman el centro; se trata de lo que Lenin justamente llamó contradicciones interimperialistas, y que en un momento dado produjeron las dos terribles guerras mundiales del siglo pasado por el reparto del mundo. En los debates actuales dentro de la tradición marxista y leninista se discute si en el nuevo momento imperialista se manifiestan todavía esas contradicciones. Habría que considerar más bien una dialéctica con rivalidades y confrontaciones, a la vez que una cierta coordinación y alianza entre esos poderes del centro, que se conformó a partir del fin de la Segunda Guerra mundial. Un enfoque dialéctico permitiría dar cuenta de contradicciones íterimperialistas relativas que no alcanzan el grado de antagonismo de antafio, junto conta tendencia, como rasgo preponderante, que conduce a los poderes imperialistas del centro a funcionar en armonía y alianza. El cierto

entendimiento y cooperación entre las potencias de la Triada, típico de la etapa de la guerra fría, se mantuvo inclusive con posterioridad al desplome del campo socialista esteuropeo y al fin de la Unión Soviética. Estados Unidos, quedó como única superpotencia, y, como es sabido, disfrutó durante buena parte de la década del noventa, de un auge económico superior al de Europa o de Japón, sus aliados de la Triada. Pero esta situación, como es igualmente conocido, se ha venido modificando, y la economía de los Estados Unidos, así como su capacidad competitiva en el mercado internacional, se ha venido deteriorando. Todo parece indicar que el gran poder imperial necesita, en estas condiciones, recurrir a fórmulas algo externas a la famosa sana y pacífica lucha del mercado, para acudir más bien a métodos más expeditos y agresivos que amplíen y garanticen la dominación lograda. Al parecer, como ya la invisible mano del mercado no funciona tan favorablemente en su provecho —tanto frente al resto de la Tríada como a otros pujantes países en crecimiento económico—, entonces lo más conveniente a sus ojos parece ser el recurrir con mayor fuerza y frecuencia a la muy visible mano de la injerencia y la intervención, inclusive armada si esta se hace necesaria.

De manera algo sistemática y significativa, numerosos documentos y declaraciones expresadas por personeros del *stablishment* estadounidense confirman que una de las prioridades de la política exterior consiste en evitar a toda costa que surjan o se desarrollen nuevas potencias que puedan alcanzar o sobrepasar a la potencia norteamericana. Este objetivo no solo se refiere a sus tradicionales aliados de la Triada sino también a Rusia y China, en particular esta última. La cuestión es, pues, preservar ese dominio en todos los terrenos que conforman la dominación sistémica económica, política, militar y de control de las opiniones públicas, en especial la de los propios Estados Unidos.

Los demás miembros (subordinados) del centro no se comportan, como ha sido visible, de la misma manera hacia el centro del centro. Su grado de sometimiento y, hasta por momentos, de avasallamiento político, varía y llega a ser, así mismo, algo cambiante. De manera particular llama por ejemplo la atención el grado de sometimiento de Tony Blair y su idiosincrasia al vasallaje con escasas compensaciones. Pero resulta importante, en estos casos, tratar de identificar los motivos o los factores que producen esta conducta para y así hacer más inteligible el proceso histórico. Blair, en innumerables intervenciones (discursos de 2003 en Polonia y ante el Congreso de Estados Unidos) ha considerado que la multipolaridad reclamada por el presidente francés Chirac es un grave error que pondría en peligro a todos ellos; de hecho el primer ministro inglés se refiere a la indiscutible posición de privilegio de que disfrutaban los europeos, (como miembros de la Tríada imperialista, se entiende), respecto al resto del mundo y considera implícitamente que para él lo más sabio es aceptar el predominio de Estados

Unidos como garante del orden internacional actual. En ese sentido puede decirse que coincide con muchos ideólogos y con los halcones en que se ha creado una situación en el mundo después del fm de la guerra fría, pero sobre todo después del ataque a las torres gemelas, en que se facilita la consolidación y ampliación del actual sistema de dominación y de relaciones internacionales por una duración aproximada, según él, de unos 20 años que debe ser aprovechada al máximo. Blair no lo dice expresamente, pero en sus palabras queda implícita la aceptación de la condición de imperialismo subordinado con vasallaje político y militar. Uno de los rasgos del presente momento imperialista consiste en las modificaciones de las relaciones internacionales entre países desarrollados, las cuales sin dejar de ser competitivas y rivales hacen que las contradicciones interimperialistas sean relativas y prevalezca el reforzamiento de la relación de un centro (muy predominante) del centro esto es, la hegemonía que tiende a la reafirmación del dominio de Estados Unidos, como única vía posible para preservar e incrementar el estado de cosas existentes.

En otro orden de cosas las innumerables contradicciones que atraviesan el sistema capitalista como tal se están haciendo activas y pujantes. Tampoco se excluye que la ambición y agresividad imperiales están haciendo del mundo un lugar más caótico y explosivo, empujando a la irigobernabilidad y la barbarie. En contraposición con los deseos de Tony Blair, — la anhelada gobernabilidad que el superpoder norteamericano traería para el confortable disfrute de un imperialismo subsidiario y vasallo —, el resultado podría ser precisamente su opuesto.

Si se retoma la cuestión, arriba tratada, de los Estados nacionales, habría que establecer el nexo entre ese punto y los temas que se vienen desarrollando. La mundialización imperialista busca impulsar la dinámica que puede conducir al fin de los Estados nacionales, en un proceso que intenta acelerar la evolución, ya iniciada, de decadencia del poder y de las atribuciones de los Estados nacionales, y del Estado en general. En definitiva las instituciones son históricas y su fuerza y existencias mismas dependen de necesidades de funciones que el propio devenir histórico puede ir haciendo paulatinamente obsoletas. Pero el imperialismo procura incrementar el ritmo “natural” y producir el fin anticipado de los Estados nacionales, o al menos la pérdida de la mayor cantidad posible de sus funciones que no sean necesarias para la realización de la función mediadora de los Estados nacionales de la periferia de realización de los designios de hegemonía y explotación.

A la vez, como se apuntó arriba, se esfuerzan para que los centros imperialistas refuercen las funciones de política exterior de sus propios Estados, y del empleo de la fuerza militar con el fin de alcanzar sus objetivos. La tesis de los Estados débiles, es bueno subrayar, es sobre todo para los

países de la periferia. No es menos cierto, a su vez, que el capital se hace cada vez más transnacional y se multiplican los oligopolios. En períodos anteriores el dominio del capital monopólico financiero se correspondía con un Estado nación en particular; hoy, en cambio, no existe una figura política internacional que se corresponda de manera equivalente con las transnacionales aunque estas tengan un país base, casi siempre en uno de los países imperialistas. En ese contexto, Estados Unidos busca llenar entonces las funciones del Estado necesario para la buena marcha de la mundialización imperialista. Así, un Estado nacional en particular, funcionaria como Estado mundial para llenar sobre todo las funciones políticas y militares propias a ese buen funcionamiento del sistema mundo. De esta manera el Estado centro del sistema imperialista intenta adjudicarse funciones de Estado político mundial en las condiciones del mundo actual. Y en esta tarea demanda y espera el apoyo de los demás miembros de la Tríada. No hay que decir que esta expectativa no siempre se cumple, y ese apoyo les ha fallado en cierta medida en la aventura contra Irak. Claro, no se debe obviar cómo, cuando países como Francia, Alemania o el gobierno español de Zapatero se atreven a resistir y hasta oponerse al avasallamiento político excesivo, estos mismos poderes se apresuran a ofrecer compensaciones que calmen la ira del arrogante imperio; la intervención en Haití o los comportamientos hacia la Cuba revolucionaria son solo dos ejemplos entre otros.

Estas ambiciones de cubrir el vacío de la faltante figura política correspondiente, no excluyen la creación y utilización de instituciones internacionales, como el FMI y el Banco Mundial (además de la OMC y otras) a través de cuyas fachadas de organismos internacionales se busca y se logra igualmente el ejercicio de la hegemonía múltiple. Se trata de otra opción de ejercicio de la hegemonía. A través de esos organismos internacionales se han ampliado y reforzado de hecho las funciones de control y dominio de los Estados imperialistas sobre su periferia, en especial de Estados Unidos. Y aunque la ONU no se respeta, y los halcones hasta la desprecian o la ignoran (como en el caso de Irak), intentan, cada vez que es posible, y con frecuencia logran, la sumisión del máximo organismo internacional y su secretario general; es el caso reciente de la cumbre del milenio donde tanto Chávez y Cuba alzaron alto sus voces de protesta. En la clase dominante estadounidense algunos prefieren actuar bajo el velo encubridor de la ONU y del secuestrado concepto de “comunidad internacional”. Existen, pues, matices y actitudes cambiantes que no deben menospreciarse. La clase dominante del imperio puede estar unificada en sus designios e intereses esenciales, pero los estilos y el grado de arrogancia y prepotencia ante aliados y enemigos pueden variar; es natural, pues, que se haga un uso diferente de la diplomacia. Por supuesto, la diplomacia, aún en esos casos, es lógicamente impositiva, afim con la subordinación y el vasallaje. La fórmula engañosa de Madelaine Albright del

“assertive multilateralism” (algo así como “multilateralismo impositivo”) parece encajar en ese marco.

Quizás sea, entre otras razones, debido a esta vocación de ejercer un papel rector desmesurado que a los ojos de los defensores del nuevo orden imperial, los Estados Unidos sean considerados como “la nación indispensable” que anteriormente se mencionaba.

4 SOBERANÍA E INTERVENCIONISMO

Una de las concepciones que pueden encontrarse en este período imperialista es la tesis del derecho a la intervención. Resulta imprescindible tener en cuenta que, si bien la agresión y la intervención militar es un hecho de larga historia y consustancial al imperialismo, se enfrenta ahora a un fenómeno que presenta, a su vez, nuevos e inéditos rasgos, variaciones en sus expresiones tradicionales, y, sobre todo, que se confronta un momento de gran agresividad en la actual fase del imperialismo.

Existe, claro está, una relación entre las nuevas configuraciones intervencionistas y los cambios que se han producido en el imperialismo. Con las mundializaciones múltiples y la transnacionalización del capital, el imperialismo ha entrado, como se ha venido desarrollando hasta aquí, en una nueva fase. Con estos nuevos desarrollos, y sin que por ello modificara su naturaleza esencial, el imperialismo ha sufrido también transformaciones cualitativas en lo que se refiere al intervencionismo. En las nuevas circunstancias, donde se evita el control colonial directo, el ejercicio de la dominación no puede renunciar al militarismo y el intervencionismo. Al poder unipolar le resulta imprescindible liberarse tanto de las trabas (económicas, políticas, militares) que le impidan ejercer su dominación a escala planetaria, como de obstáculos tales como el respeto a las fronteras o a las soberanías nacionales, en especial las de los Estados del Tercer Mundo y de aquellos que no sean sus propios aliados o sus servidores. Todo ello no quiere decir que el uso de la fuerza no le sea necesario; por el contrario, ella continúa desempeñando un papel fundamental. Pero en las actuales circunstancias, ese ejercicio de la fuerza demanda condiciones de gran flexibilidad y que se pueda llevar adelante lo más rápidamente posible. Estos objetivos estratégicos demandan, a su vez, variadas formas complementarias a la mundialización económica, tales como las intervenciones militares y políticas, para que la internacionalización del capital tenga éxito y pueda ser permanente. Se trata de un conjunto necesario para la expansión y el reforzamiento imperialistas, y para que la potencia unipolar logre establecerse con más fuerza y más plenamente. La supremacía militar es una condición para el mantenimiento y la ampliación de la supremacía económica y política, capaz de quebrar resistencias y de

tornar el lugar de otras influencias competitivas. En el momento presente del imperialismo tampoco desaparece o disminuye la importancia de las bases militares, inclusive porque estas deben llenar funciones que las nuevas tecnologías militares no pueden cumplimentar a cabalidad; los casos candentes de Afganistán y, sobre todo, de Irak son una prueba fehaciente de ello, donde los bombardeos intensos y prolongados demandaban la cercanía de bases militares al teatro de operaciones para sus aviones.

Las guerras e intervenciones de los últimos tres lustros forman parte de una misma lógica y objetivos estratégicos de ampliación y mantenimiento de la hegemonía imperialista estadounidense. El arco — como antes se indicaba— abarca desde la Guerra del Golfo y Somalia, pasando por Yugoslavia, hasta las actuales, de Afganistán e Irak; sin olvidar Panamá, Haití y Colombia.

Pero las guerras y las intervenciones militares coloniales e imperialistas siempre han tenido necesidad de una argumentación que justifique ya sea política o moralmente (o inclusive apoyándose en el derecho internacional) las acciones y ataques militares. Se trata, como es costumbre, de erigir en derecho el que ciertos poderosos, cuando convenga a sus intereses, puedan ejercer la función de gendarme o de intervención por los motivos más variados. Pero todo intervencionismo busca legitimarse, y el intervencionismo agresivo actual no es una excepción. Además, esa legitimación es necesaria par convencer a las opiniones públicas de los propios países intervencionistas.

La legitimización de la colonización, intervención y avasallamiento tiene añejos antecedentes y raíces. En la historia de las ideas están explicitados conocidos tipos de argumentos que pretendidamente sustentan el propugnado “derecho a la intervención”. El colonialismo moderno desde el siglo XVI desarrolló un amplio y enjundioso conjunto de fundamentos a la acción colonialista convenientemente estructurados en torno a un arsenal de valores positivos como el “progreso” y la “civilización”. Desde entonces el derecho de conquista y colonización ha estado casi siempre sustentado en las supuestas deficiencias e inferioridades de los avasallados y en la búsqueda de objetivos nubes y de progreso por parte de los victimarios. En la América Latina, a lo largo del siglo XX, las intervenciones del imperio estaban avaladas por la supuesta lucha a favor de la libertad, y se fraguó la fórmula mágica mediante la cual en nombre de la libertad se liquidaba la democracia y se impedía la justicia. Por supuesto, las sangrientas tiranías promovidas o apoyadas desde los Estados Unidos en la América Latina siempre actuaban en nombre de esos valores legitimadores del imperio.

Ahora la nueva doctrina intervencionista moderniza y actualiza los argumentos. La democracia, los derechos humanos, las razones humanitarias, etc, vienen a llenar nuevas exigencias movilizadoras y de legitimación. Algunos

no se esconden para reclamar el derecho de imponer los valores del Occidente: ambigua y peligrosa arma de dominio que tiene, no obstante, el mérito de dejar claro que el derecho de imponer valores solo corresponde a un sistema y a una cultura.

Pero la argumentación legitimadora del nuevo intervencionismo ha desembocado en una situación hasta cierto punto inédita y muy peligrosa en diversos sentidos. Los paladines del derecho a la intervención y de la soberanía limitada han fundado durante la guerra de Kosovo la llamada “guerra ética”, en su cruzada hegemónica planetaria. Un moralismo universalizado y abstracto adormece las almas nobles puesto que realizan “guerras justas” de intervención imperial. Algunos hablaron de “un combate por la civilización”, y Blair, el máximo sacerdote de la llamada “guerra ética” quiere convencer a todos de que “el Bien ha triunfado sobre el mal, la justicia sobre la barbarie” y que los valores de la civilización también han triunfado. El mesianismo reaccionario de Bush y sus halcones ha llevado este lenguaje y argumentación al paroxismo respecto a Afganistán e Irak. Se está, pues, ante una legitimidad que se pretende de acero, de orden superior (superior a la política), sustentado por un casi imperativo ético kantiano. Es una cruzada del Bien al servicio de la mundialización neoliberal y su necesidad concomitante de ejercer la hegemonía planetaria. Se buscó, y se logró en gran medida, diluir y hacer desvanecer la política en la moral secular. Sin duda el nuevo orden imperialista necesitaba para el logro de sus designios este desvanecimiento de la política a favor de un moralismo universalizante y abstracto, que pretende hacer creer que no se trata de política y que guía los pasos de la historia real y no abstracta hacia el desastre, puesto que los fundamentos universalistas todo los justifican, la “guerra justa y humanitaria” de un “eticismo sin apelación” hermana de manera natural — tanto en la práctica como conceptual y teóricamente — con el intervencionismo sin fronteras del “humanitarismo (imperialista) sin fronteras”.

Este tipo de estrategia ideológica (apoyada en universalismos abstractos) está encaminada a servir de instrumento privilegiado de implantación de este nuevo intervencionismo sin fronteras y sin limitaciones. Es necesario considerar lo que parece ser otra diferencia de la mayor importancia entre este intervencionismo y el que se ha sufrido a lo largo del siglo XX. En general hasta ahora se legitimaba *la violación* por parte de los poderosos de los principios del derecho a la autodeterminación de los pueblos, la soberanía y la igualdad entre los Estados; lo que ahora se busca y se trata de implantar es legitimar *la liquidación oficial* (por obsoleta) y a nivel planetario de esos principios, y legitimar de manera permanente y no puntual (como en el caso de la violación del principio) el derecho a la acción intervencionista imperial por parte de un puñado de Estados poderosos encargados de ser los guardianes y de ejecutar designios superiores.

Por una parte se tiene tres ejes propuestos del nuevo derecho a la intervención ilimitada y sin fronteras: las llamadas intervenciones humanitarias, las amenazas globales (droga, terrorismo, posesión de armas de destrucción masiva, violaciones masivas de los derechos humanos) y la antes mencionada defensa de los valores accidentales. Después del atentado contra las torres gemelas, el terrorismo se ha convertido en una referencia esencial justificadora de guerras, bloqueos, intervenciones “legítimas”, ocupaciones militares conjuntas, y toda forma de presión y derrocamiento de gobiernos se estime pertinente.

Pero esta cruzada contra la soberanía no ha sido solo de los Estados poderosos. Algunas organizaciones no-gubernamentales europeas han estado a la vanguardia de la promoción del derecho de injerencia y del derecho de intervención “humanitaria”. Con ello, se han convertido en piezas claves del nuevo engranaje de hegemonía imperialista. Su labor injerencista está amparado por el manto engañoso de presentarse al servicio de valores e ideales superiores, más allá de la política y del derecho internacional. Y también están favorecidas por el ilusionismo y el mito, expandido en los tres últimos lustros inclusive en las izquierdas, de una sociedad civil siempre bienhechora que actúa por encima de los conflictos sociales y al margen de la luchas de clases.

Los atentados del 11 de septiembre han permitido, por su parte, que algunos de los dirigentes y personeros de los intereses imperialistas ratifiquen la idea, expuesta ya en la guerra de Kosovo, de que se está obrando éticamente y en nombre de Dios contra el Mal. Inspirados, al parece, en el mito de los Estados Unidos como nación predestinada por Dios para hacer el Bien, y con una visión maniquea de la realidad.

Las mistificaciones encubridoras no faltan. Así se reaviva, además, ese añejo argumento del colonialismo acerca de la lucha entre la civilización y la barbarie. Se trata de que no sea reconocible el rostro de los objetivos imperiales. Y se crea asimismo la peligrosa tesis del choque o la guerra de civilizaciones para inventar un peligro árabe musulmán que amenazaría a la avanzada y superior civilización occidental.

En los últimos años el *stablishment* estadounidense (políticos, intelectuales, líderes, etc.) ha comenzado no solo a aceptar que son imperiales o imperialistas sino que reivindican orgullosamente esta condición que se convierte a su vez en una nueva misión, porque para muchos se trataría de un imperialismo benigno o benevolente (o responsabilidad imperial) que realizaría una obra bienhechora por la humanidad. O sino de lo que también denominan “responsabilidad imperial”. Y del derecho de Estados Unidos de liderar cruzadas guerreristas e intervencionistas, y para lo cual algunos de sus

tanques pensantes han ideado la imagen del *sheriff* el *posee*, según la cual el *sheriff* (Estados Unidos) dirige la cuadrilla (*posee*) interventora.

Para la agresión contra Irak, Bush y los halcones desarrollaron nuevas vertientes y aristas del derecho a la intervención y la pérdida legítima de soberanía de ciertos Estados naciones. El intervencionismo como instrumento clave del gran proyecto de dominación mundial con el uso de la fuerza militar ha fraguado nuevos elementos justificadores. En esta nueva lógica conceptual se parte de la idea de los llamados Estados maleantes (o bribones o villanos) los cuales han llegado a esta peligrosa condición a partir de su desgraciada condición de ser Estados fracasados o deficientes. La tesis de la peligrosidad que para los Estados Unidos significan los Estados débiles y fracasados (una buena parte del Tercer Mundo) constituye una piedra angular de la nueva doctrina Bush de seguridad nacional. Estados fracasados son, a los ojos de Bush, peligrosos debido a la incapacidad de sus gobiernos para ejercer un debido control sobre su propio territorio; a su incompetencia e ingobernabilidad, que entre otros resultados puede facilitar el uso de su territorio por los terroristas, y en algunos casos oprimir a su pueblo. Las condiciones de debilidad hacen que pierdan su derecho a la soberanía, con lo que queda abierto el camino para que la llamada comunidad internacional, en particular de los para ellos catalogados Estados democráticos, intervengan, incluso militarmente. La soberanía no es, entonces, una condición absoluta ni permanente, no es tampoco inherente al Estado mismo, sino que solo debe ser respetada sino se es un *failing state*. Estos Estados forman parte, sin duda, de esos “oscuros rincones del mundo” sobre los cuales el poder norteamericano ha proclamado su derecho de atacar.

Pero el imperialismo no es todopoderoso ni invulnerable, y solo podrá alcanzar sus designios si los pueblos sometidos y dependientes, sus víctimas, no oponen férrea resistencia y oposición. En los tiempos que corren, la lucha contra el imperialismo, que nunca ha dejado de ser una necesidad, cobra particular urgencia y vuelve a pasar a los primeros planos de la arena internacional. En América Latina, más específicamente, se ha desarrollado una conciencia antineoliberal que paulatinamente ha ido madurando para hacerse cada vez más antimperialista; lo que no implica, sino todo lo contrario, amainar los esfuerzos contra el neoliberalismo, puesto que en la época actual el imperialismo funciona en perfecto maridaje con las concepciones neoliberales.

Existe sin embargo el riesgo de que muchos en la izquierda, o dentro las tendencias progresistas en general, lleguen a considerar que basta con la eliminación de las formas neoliberales, haciendo de este objetivo el fin estratégico definitivo y suficiente de la lucha. Con ello se obviaría el papel central de la confrontación con el imperialismo así como el objetivo a más largo plazo que sería dejar atrás al capitalismo.

El rechazo de la hegemonía imperial no debe entenderse tampoco como una condena de la mundialización como proceso histórico, el cual emana en definitiva de la propia dinámica del devenir socioeconómico. No siempre se comprende que de lo que se trata es de proponer otra mundialización posible; aquella que se fundamenta en la solidaridad y respeto de los pueblos.

Sin duda el movimiento internacional y regional de los Foros Sociales desempeña un papel fundamental como promotores de los cambios por “un mundo mejor”. Pero los acontecimientos contemporáneos indican claramente que estos foros estarán empujados a radicalizarse y cobrar una conciencia más clara de los objetivos de la lucha; lo que implica, como mínimo, avanzar hacia posiciones diáfaramente antiimperialistas.

Es importante tener en cuenta que cuando se habla de alternativas al neoliberalismo (y habría que agregar al capitalismo mismo) no puede limitarse a una indagación y precisión de los objetivos finales estratégicos, sino que también abarca las alternativas en las dinámicas de los procesos. Son, pues, varias las alternativas, tanto respecto a los objetivos como al devenir. Cada proceso tendrá sus particularidades y ninguno será exactamente igual al otro.

Finalmente hay que subrayar la imprescindible dimensión internacionalista de la lucha. Los Foros Sociales, el protagonismo de muchos movimientos sociales, la incorporación a la lucha de nuevas fuerzas, abren las perspectivas de desarrollar nuevas y variadas formas de internacionalismo. Pero sería un grave error renunciar a la rica herencia internacionalista anterior que es un valioso legado del cual podrán nutrirse e inspirarse los actuales movimientos revolucionarios.

Entre los empeños por la justicia social, el socialismo ocupa un lugar destacado. El camino del imperialismo es el de la destrucción y la barbarie y amenaza con sumir al mundo en sufrimientos inenarrables. Contra él, la opción más cabal es el socialismo. O dicho en otras palabras: se enfrenta nuevamente la premonición de Rosa Luxemburgo, de inspiración engelsiana, “Socialismo o barbarie”.

IMPERIALIST GLOBALIZATION: States and Sovereignty

ABSTRACT

Globalization is a real historical process. The present stage of globalization is linked with the new phase of imperialism. Therefore in order to understand

globalization it has to be seen within the framework of contemporary imperialism. Contrary to certain beliefs, politics is not left behind in relation to economy nor has national state become marginal with the present process of capitalist globalization. Some of its traditional prerogatives are certainly diminished but new functions arise and others are increased; one of the latter is that globalization needs the action of the State for its realization.

Keywords: Imperialist globalization. National States. Sovereignty and interventionism. Emancipation.

REFERÊNCIAS

AMIN, Samir, La alternativa al sistema neoliberal mundializado y militarizado; el imperialismo hoy y la ofensiva hegemónica de los Estados Unidos. Marx Ahora, La Habana, n. 16, 2003.

BENSAÏD, Daniel. Dios, ¡cuán santa es la guerra ética!. Marx Ahora, La Habana, n.11, 2001.

CATONE, Andrea. Sul carattere della guerra in corso, Florencia:Rosso XXI, 2001.

FOSTER, John Bellamy. The New Age of imperialism. Monthly Review, Nueva York, n. 3, jul./ago., 2003.

HAASS, George. Imperial America. Disponível em: <[http:// www.brook.edu](http://www.brook.edu)>.

_____. The reluctant sheriff. Council on Foreign Relations Book, 1997.

LENIN, Vladimir E. El imperialismo, fase superior del imperialismo. La Habana; Imprenta Nacional de Cuba, 1961.

MARX, Carlos. Fundamentos de la crítica de la economía política. La Habana; Editorial de Ciencias Sociales, 1970. 2 t.

MONAL, Isabel. Terrorisme et menaces imperialistes. In: HERRERA, Remy (Coord). L'Empire en guerre. Paris: Les Temps de Cerises, 2001.

THE NATIONAL Security Strategy of the United States of America. 2002. Disponível em: <[http:// www.whitehouse.gov/nsc/ nss.html](http://www.whitehouse.gov/nsc/nss.html)>. Acesso em: 15 jun. 2005.